

EL DESARROLLO COMO DISPOSITIVO

Foucault en las discusiones del desarrollo ¹

Pablo Mella y Altair Rodríguez
Instituto Filosófico Pedro F. Bonó
Santo Domingo, octubre de 2014
(Borrador para el diálogo)

La presencia de Foucault en las discusiones de desarrollo pasan por las críticas del llamado “pensamiento posestructuralista” y toman cuerpo en torno a la noción de “posdesarrollo” (Escobar, 2005b).

Situados dentro del marco posdesarrollista, en las presentes reflexiones se pretende mostrar el aporte específico de la categoría foucaultiana de “dispositivo” para reparar en aspectos no siempre tematizados en las discusiones sobre el desarrollo. Se verá entonces de qué manera la categoría de dispositivo permite postular que lo que se suele llamar “desarrollo” ha constituido un vehículo de occidentalización y de domesticación de las poblaciones subalternas.

La reflexión se desarrollará de la siguiente manera, en favor de la claridad expositiva y de la lógica argumentativa:

- El desafío epistémico del posdesarrollo
- El desarrollo como dispositivo
- Aportes del pensamiento de Foucault a las discusiones de desarrollo

1) El desafío epistémico del posdesarrollo

Desde la década de los 1980, se comenzó a plantear la necesidad de una “teoría del desarrollo no etnocéntrica” (Wiarda, 1985). Las representaciones “occidentales” del mundo ideal o de la sociedad justa experimentaban desde entonces una crisis profunda tanto en la práctica (con la irrupción de las revoluciones islamistas) como en la teoría (las ciencias sociales occidentales se hacían cada vez más críticas de su eurocentrismo). Este no es el lugar para explicar por qué se verificaba este fenómeno, ni cuánto colaboraron pensamientos alternativos como la filosofía y la teología de la liberación (ver Gasper, 2008). Baste por el momento registrar el cambio de sensibilidad e indicar cómo el tema que nos ocupa tiene que ver con la búsqueda de una sociedad justa más justa y solidaria a escala planetaria. En pocas palabras, el “eurocentrismo” viene siendo cuestionado radicalmente desde hace unas tres décadas en las

¹ Presentado en el Seminario de Foucault, organizado por el departamento de filosofía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), 30 de octubre de 2014.

indagaciones sobre “el desarrollo”, pues el mismo desarrollo era considerado como uno de los principales propagadores de la visión moderno-occidental del mundo.

Progresivamente ha ganado cuerpo, tanto en la esfera pública como en el ámbito académico, el deseo de tomar en consideración al mundo en su gran variedad, no solo las visiones de la sociedad moderna asociadas a los ordenamientos alcanzados por los Estados centroeuropeos y norteamericanos. Sin embargo, el recurso a otras tradiciones en el mundo del desarrollo ha querido hacerse evitando apelaciones románticas a pasados culturales que supuestamente no tienen vigencia, ni siquiera en las culturas ancestrales orientales o de Oceanía (Curry, 2003; Bretón 2013). Samuel P. Huntington ya conversaba desde fines de la década de los 1970 con sus amigos científicos sociales que “el estudio de las tradiciones y modelos culturales, locales, indígenas, y nativos, podían constituir la onda de futuro de las ciencias sociales” (Wiarda, 1985, p. 76). La pregunta se formulaba entonces más o menos así: ¿cómo tender un puente entre un “saber ancestral” y el saber “científico-social”? He ahí una cuestión que quedaba pendiente en los primeros balbuceos sobre la problemática. Ciertamente, la respuesta que el propio Huntington dio posteriormente con su tesis de un “choque de civilizaciones” no satisfizo a los que querían una visión no eurocéntrica de lo que acontece en el planeta, llegando a interpretarse dicha tesis como “un choque de las ignorancias” (Saïd, 2002).

En la década de los 1990 la búsqueda científico-social que pretendía ir “más allá del desarrollo occidental” se intensificó. Concretamente, comenzó una corriente crítica de las nociones de “modernización” y “desarrollo”. La criticidad vino, como era de esperarse, desde las mismas ciencias sociales que tematizaron originalmente la problemática. Con mucha frecuencia, estas críticas se organizaron en torno al término “posdesarrollo” (Escobar, 1992; 2000a; 2005b; 2007; Rahnema & Bawtree, eds., 1997; Esteva, 1996; Nederveen Pieterse, 2000; Rist, 1997/2002; Curry, 2003; Ziai, 2007); también en torno a la noción de “ética del desarrollo” (Crocker, 1991; Qizilbash, 1998; 2007; Goulet, 2000; Gasper, 2011; 2012). Ambas posiciones siguen vigentes hasta nuestros días (Hidalgo Capitán, 2012).

Los autores posdesarrollistas sostienen que la división del mundo en países desarrollados y subdesarrollados es una construcción intelectual de la realidad mundial por medio del discurso (Hidalgo-Capitán, 2012, p. 2284). Muchos de los enunciados con los que hoy se juzga la situación mundial constituyen un modo de representación de la realidad del mundo que está marcado por el eurocentrismo y por la voluntad de “subalternizar” sujetos y pueblos de la periferia capitalista, así como sus prácticas y saberes propios, con el objetivo de ejercer un dominio más efectivo sobre ellos (Spivak, 1988). Al afirmarse que determinados estilos de vida son “desarrollados” y otros “subdesarrollados” o “en vías de desarrollo”, los posdesarrollistas entienden que se refuerza un constructo sociológico plagado de intereses. A través de esta

representación social del mundo entero, se confirma la supuesta superioridad de determinadas formas socioculturales sobre otras en el contexto de la globalización capitalista.

Los posdesarrollistas también entablan una desconstrucción histórica de la noción de “desarrollo” como inseparable de la noción de “subdesarrollo”. En este punto retoman la bandera de la teoría de la dependencia. Cuando se ha repetido en las últimas décadas del siglo XX que los países “subdesarrollados” deben seguir el ejemplo de los “desarrollados”, en realidad se estaban *transportando estilos de vida* en nombre de un canon económico y políticamente interesado. Este carácter canónico de un determinado estilo de vida permitió la constitución de un grupo de “expertos en el desarrollo” que se convertían en los consejeros políticos y económicos de los países “en desarrollo”. En términos generales, entrar en la senda del “desarrollo” demandaba a los “países subdesarrollados” renunciar a sus propios estilos de vida y olvidarse de los conocimientos tradicionales de los diversos grupos indígenas que ahora formaban parte de un Estado nación pretendidamente moderno. Por eso, el aporte de los saberes tradicionales solía ser un tema ausente en los consejos técnicos de estos expertos.

Sobre este análisis de las prácticas de la cooperación al desarrollo, los posdesarrollistas llegan a afirmar que “la era del desarrollo llega a su fin” y que se está abriendo paso una “era del posdesarrollo”. En esta nueva etapa histórica, el “desarrollo” dejaría de ser el eje organizador de la vida en sociedad a escala planetaria. Los pueblos de África, Asia, Oceanía y América Latina no tendrían que verse obligados a imitar los estilos de vida de los “países desarrollados” (europeos y norteamericanos), sino que se ven desafiados a buscar en sus propias culturas y formas de vida las mediaciones que les permitirían alcanzar sus propias aspiraciones en el momento histórico actual. En ese sentido, los posdesarrollistas están convencidos de que esta vía ayudará a construir un planeta más humano y ecológicamente sostenible. Ciertamente, en este marco cabe una recuperación de la sabiduría popular ínsita, por ejemplo, en manifestaciones religiosas.

En resumen, las críticas posdesarrollistas al desarrollo tienen varios puntos en común. Todas han criticado los reduccionismos que promovían las teorías de la modernización y el estructuralismo funcionalista en el marco del capitalismo económico, un régimen social que ahora alcanza a todo el planeta con una intensidad nunca antes vista. Para los posdesarrollistas, estos sistemas explicativos de la sociedad contemporánea ponían énfasis en conceptos que se consideraban típicamente occidentales y presuponían una visión determinada de racionalidad. Las críticas posdesarrollistas han entendido además que dichas teorías explicativas no pueden seguir presentándose como universales y que se hace necesaria la búsqueda de otros modos de pensar y de comprender el mundo.

El “posdesarrollo” –*como discurso* que también es– difiere en un punto esencial de las críticas anteriores a las teorías del desarrollo. Para el discurso del posdesarrollo hay que *salir de una vez por todas del mundo de representación social que gira en torno a la noción misma de desarrollo*, pues este horizonte de comprensión aniquila la posibilidad de que emerjan en el espacio público mundial otros imaginarios económicos. En una palabra, la solución vista por los pensadores “posdesarrollistas” es *el rechazo radical y total del desarrollo y la creación de nuevas vías de pensar sobre y a partir de “el Sur”* (Escobar, 2000b; Nederveen Pieterse, 2000).

Encontramos una reflexión precursora sobre “posdesarrollo” en un texto del economista indio Sugata Dasgupta (1986), publicado a mitad de los años 1980. Desde la experiencia de la India, Dasgupta anunciaba la irrupción de una “era del post-desarrollo” describiendo la coyuntura histórica de entonces con estos términos:

El logro de la independencia política fue hace un tiempo la preocupación central de los pueblos del Tercer Mundo. Ahora ha tomado su lugar un afán por el desarrollo que consume todas las energías. Líderes de poblados y comunidades, de gobiernos y países, burocracias, tecnócratas, organizaciones voluntarias, agencias internacionales, y una serie de ricas corporaciones multinacionales están invirtiendo en estos momentos todas sus energías en el desarrollo. La preocupación principal (o al menos, la declarada) de todos estos grupos era la de implementar tales planes de bienestar y desarrollo, convencidos de que los mismos crearían suficiente riqueza en el mundo de tal manera que se podría erradicar la pobreza dondequiera que existiera. Pero la pobreza en realidad ha crecido en las últimas décadas (...) No existe duda de que el “desarrollo” no ha producido los resultados deseados (Dasgupta, 1986, p. 1; traducción propia).

La narración de Dasgupta nos habla de un contexto histórico no tan lejano, pero quizá relativamente olvidado, en muchas de los escenarios donde se llevan a cabo las discusiones actuales del desarrollo. El desarrollo, como práctica social, formaba parte entonces de un proceso de redefinición de las relaciones coloniales. Prometía una solución a lo que –en buena medida– las mismas relaciones coloniales habían causado: pobreza y exclusión social. En efecto, las colonias europeas ostentaban unas economías prósperas, pero sometían a las poblaciones locales a tratos denigrantes y a la explotación económica, violando principios básicos de los derechos humanos que, al mismo tiempo, sus metrópolis propugnaban como ideal de ciudadanía para sus nacionales. Frecuentemente esta explotación de las poblaciones coloniales se sustentaba en discursos racistas. El “desarrollo” aparecía en la India de mitad de los 1980s con la promesa de acabar de saldar esta deuda colonial; pero Dasgupta señala que la promesa del “desarrollo” no fue cumplida. Vino “el desarrollo”, pero las poblaciones de las antiguas colonias siguieron hundidas en la pobreza. Hoy día, la

historia contada por Dasgupta parece repetirse a escala latinoamericana para algunos de la región (Filgueira, 2009; Trigo, 2013, pp. 283-321).

La historia del posdesarrollo como cuestionamiento radical de la historia del desarrollo no acaba aquí. En los debates académicos sobre el posdesarrollo se cayó pronto en la cuenta de que el rechazo tajante de la idea misma de desarrollo resultaba paradójico por dos razones (Curry, 2003). En primer lugar, nacía esta pregunta: la negación de toda idea de desarrollo, ¿no implica necesariamente negar la posibilidad de lograr cualquier “mejora” en campos como la salud, la educación o el confort material? En segundo lugar, se discutía dentro de la comunidad científica (en un registro epistemológico inevitablemente hermenéutico), si los pensadores “posdesarrollistas” no estaban realizando una “esencialización del desarrollo” igual a la que ellos mismos denunciaban en los abanderados del desarrollo. Es decir, el retrato del “desarrollo” delineado por los “posdesarrollistas” era totalmente homogéneo; según estos, “el mismo desarrollo” se encontraría reiterativamente por todas partes en el mundo (Nederveen Pieterse, 2000; Corbridge 1998a).

Posiblemente ha sido S. Corbridge (1998a, p. 139) quien haya reaccionado con más agudeza a lo que consideraba como una caricatura del “desarrollo” llevada a cabo por los posdesarrollistas: “el desarrollo no viene en un solo tamaño y en una sola forma, o con un capital avasallador. Los trucos, giros y dilemas del desarrollo, y de la teoría del desarrollo, son mucho más complicados que lo que el posdesarrollo admite”. Esto llevó a Nederveen Pieterse (2000) a escribir irónicamente que los autores posdesarrollistas acaban su discurso sin mostrar evidencias de ir más lejos de aquello que cuestionan. Es en este intersticio donde una “ética del desarrollo” o discusiones teórico-normativas del desarrollo seguirían teniendo vigencia.

En el presente escrito se opta por hablar desde el horizonte del “posdesarrollo” a pesar de su estatuto discursivo ambiguo, porque se acepta dialogar con la crítica radical del desarrollo llevada a cabo por el pensamiento posdesarrollista, así como con las paradojas teórico-prácticas que sus reflexiones instauran. La tarea de una acción política en búsqueda de una sociedad más justa y solidaria a escala planetaria tendrá que ir, ciertamente, más allá de toda “esencialización” epistémica que imposibilite rejuegos para crear un mundo en que podamos habitar en paz y expansivamente, cuidando el equilibrio del planeta (Shiva, 2006). No obstante, si bien es verdad que no basta con criticar la “esencialización” de las teorías del desarrollo como hacen los posdesarrollistas, igualmente peligrosas pueden ser las críticas que se contentan con destruir las “esencializaciones” del pensamiento posdesarrollista y dejarnos varados en “el mundo realista de lo posible”, en *un mundo que no tiene ningún objeto* (Fischbach, 2009), un “mundo privado” en el que solo es pensable la expansión de la libertad individual (Fischbach, 2011).

En pocas palabras, las *críticas del posdesarrollo* (tanto en sentido genitivo subjetivo como en sentido genitivo objetivo) pueden constituir un buen punto de partida para reflexionar sobre las tareas pendientes que tenemos como sociedad planetaria.

2. El desarrollo como dispositivo

En la esfera pública hegemónica, el término “desarrollo” se utiliza como un significante ontológico, es decir, como un término que designa un estado de cosas en el mundo. El “desarrollo” se referiría a una realidad social particular y claramente diferenciable. En efecto, en el discurso hegemónico sobre políticas sociales y económicas se asume que todo el mundo sabe qué es “desarrollo”. Sin embargo, una revisión de la bibliografía sobre el desarrollo mostrará fácilmente que esto no es así (Rist, 2007; Latouche, 2007).

Partiendo de esta ambigüedad semántica, el pensamiento posdesarrollista (influenciado por el pensamiento posestructuralista) ha propuesto adoptar la categoría foucaultiana de “dispositivo” para intentar definir el “desarrollo” dando cuenta de la abigarrada y contradictoria cantidad de actividades e ideas que se hacen en su nombre (Rist, 2002, pp. 19ss.)

Aunque Foucault nunca dio una definición sistemática de su categoría de “dispositivo”, se refirió a él en una entrevista con estas palabras:

Aquello sobre lo que trato de reparar con este nombre es [...] un conjunto resueltamente heterogéneo que compone los discursos, las instituciones, las habilitaciones arquitectónicas, las decisiones reglamentarias, las leyes, las medidas administrativas, los enunciados científicos, las proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas. En fin, entre lo dicho y lo no dicho, he aquí los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que tendemos entre estos elementos. [...] Por dispositivo entiendo una suerte, diríamos, de formación que, en un momento dado, ha tenido por función mayoritaria responder a una urgencia. De este modo, el dispositivo tiene una función estratégica dominante [...]. He dicho que el dispositivo tendría una naturaleza esencialmente estratégica; esto supone que allí se efectúa una cierta manipulación de relaciones de fuerza, ya sea para desarrollarlas en tal o cual dirección, ya sea para bloquearlas, o para estabilizarlas, utilizarlas. Así, el dispositivo siempre está inscrito en un juego de poder, pero también ligado a un límite o a los límites del saber, que le dan nacimiento pero, ante todo, lo condicionan. Esto es el dispositivo: estrategias de relaciones de fuerza sosteniendo tipos de saber, y [son] sostenidas por ellos” (Foucault, *Dits et écrits*, vol. iii, pp. 229 y ss. Citado por Agamben, 2011, p. 250).

Agamben resume las intervenciones de Foucault sobre su noción de dispositivo en tres pasos: “1) [El dispositivo] se trata de un conjunto heterogéneo que incluye virtualmente cada cosa, sea discursiva o no: discursos, instituciones, edificios, leyes, medidas policíacas, proposiciones filosóficas. El dispositivo, tomado en sí mismo, es la red que se tiende entre estos elementos. 2) El dispositivo siempre tiene una función estratégica concreta, que siempre está inscrita en una relación de poder. 3) Como tal, el dispositivo resulta del cruzamiento de relaciones de poder y de saber”. (Agamben, 2011, p. 250). Así sistematizada, procedamos a aplicar esta noción al desarrollo en continuidad con el pensamiento posdesarrollista, pero explicitando algunos aspectos hasta ahora ignorados por el mismo.

Lo primero que ha de señalarse es que la noción de “dispositivo” tiene una *finalidad primordialmente heurística*, parecido a la de la categoría “posdesarrollo”. La categoría de “dispositivo” permite *reparar* en dinámicas sociales que quedan ocultas a otros modos de representación de las prácticas colectivas de un contexto histórico determinado.

En segundo lugar, la noción de dispositivo hace referencia a un “todo heterogéneo”. Si bien la perspectiva posestructuralista destaca el componente discursivo de las configuraciones sociales, con la noción de dispositivo hace notar además que estos discursos se ponen a circular a través de instituciones que le dan efectividad y normalidad social. Escobar (2005a, p. 19) recuerda que el discurso del desarrollo vino asociado a un vasto aparato de instituciones que amplificaba sus enunciaciones. Gracias a esta red de instituciones, el desarrollo ganó fuerza social y efectiva para orientar la transformación de la realidad económica, social, política y cultural de las sociedades “subdesarrolladas”. El aparato institucional del desarrollo tuvo su centro hegemónico en la conformación de las instituciones de *Bretton Woods*, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que dieron base a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Bajo su liderazgo se alinearon otras instituciones internacionales de la posguerra, como fueron los distintos programas de la Organización Naciones Unidas. En cascada, estas organizaciones sirvieron de modelo a agencias y bancos regionales, nacionales o locales que se ocuparon de servir de canales de transmisión de las prácticas de intervención asociadas al desarrollo. Para percibir la vigencia de este señalamiento, conviene evocar la reciente creación del Instituto Canadiense Internacional para las Industrias Extractivas y el Desarrollo (CIIEID), patrocinado con fondos generosos de la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (ACDI). Concomitantemente, la ACDI creó —a fines legitimadores— un *cluster* de varias universidades canadienses como instancia rectora del Instituto, dado que su objetivo es producir “conocimiento científico” que avale la práctica extractivista neocolonial de las compañías mineras transnacionales canadienses. También puede ponerse como ejemplo del componente institucional del dispositivo del desarrollo una plataforma tan poderosa como el PNUD y sus informes

anuales ampliamente publicitados a escala global desde hace un par de décadas, sin los cuales el concepto de “desarrollo humano” (la promoción de la libertad individual a través de la expansión de “capacidades”) no gozaría del amplio predominio que actualmente tiene en la esfera pública mundial.

Incluso realidades tan aparentemente neutras o inocuas como los estilos arquitectónicos formarían parte de un dispositivo, pues a través de las obras arquitectónicas los cuerpos se ven semióticamente enmarcados para relacionarse con el espacio de acuerdo a modos predeterminados. En realidad, la lista de elementos que componen el dispositivo incluye muchas más cosas: decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, juicios morales, acciones filantrópicas, etc. Ahora bien, no olvidemos que esta heterogeneidad de cosas forma un “todo”. Por eso el dispositivo como tal es *la red que tejen y retejen los actores hegemónicos de un momento histórico entre estos elementos tan diversos*. En ese sentido, para Foucault, el dispositivo es una “formación que, en un momento dado, ha tenido por función mayoritaria responder a una urgencia” (citado por Agamben, 2011). Y ciertamente, como se vio en el Punto IV del discurso del presidente Truman en 1949 (citado muchas veces por los posdesarrollistas como origen de un modo novedoso de visualizar geopolíticamente la situación de los países pobres del planeta) el desarrollo tiende a presentarse como la respuesta a situaciones urgentes que necesitan de respuestas inmediatas y excepcionales.

En ese sentido, el dispositivo cumple además con una función estratégica dominante. El dispositivo facilita la manipulación de las relaciones de fuerza, unas veces para expandirlas en tal o cual dirección; otras veces para bloquearlas; en algunas ocasiones para estabilizarlas y en otras sencillamente para utilizarlas instrumentalmente con objetivos ulteriores. Por eso, no hay dispositivo sin juego de poder. Sin embargo, existe una ventaja que proviene de su carácter discursivo: el dispositivo es intrínsecamente limitado. Este límite tiene que ver sobre todo con los confines del saber o de los conocimientos que se gestan en su seno. En realidad, un dispositivo está profundamente condicionado por el tipo de saber que produce. Agamben (2011, p. 250) destaca que “el dispositivo resulta del cruzamiento de relaciones de poder y de saber”; como todo cruzamiento, estas relaciones deben de considerarse en dos direcciones: del poder hacia el saber, pero también del saber hacia el poder. Se puede concluir entonces que no solo el conocer viene limitado por el poder, sino que el poder se verá internamente limitado por el conocimiento que pretende controlar.

Las reflexiones antropológicas de Escobar (1999c, pp. 14-18) han considerado el desarrollo como dispositivo en el marco del pensamiento poscolonial de Homi Bhabha. Según esta escuela de pensamiento, el desarrollo como dispositivo crea un espacio para *visualizar como “sujeto” a una población que ha sido sometida colonialmente y*

que aún lleva las marcas culturales e institucionales de ese proceso colonial. Ahora bien, dicha concepción de “sujeto” viene asociada a la adopción de determinados conocimientos y a la organización de su vida de acuerdo a una forma compleja de “placer/displacer”. Por este conocimiento (que acaba convirtiéndose en “autoconocimiento”) y a través de dicha organización de la vida, el “sujeto colonizado” puede ser “vigilado” o “evaluado”. Así, el discurso “colonial” tiene como objetivo fundamental instaurar un modo de interpretar al colonizado, cuyas prácticas estarían “degeneradas” debido a sus limitaciones raciales o sociales, lo que teóricamente legitimaría que las poblaciones colonizadas sean “conquistadas” por determinados sistemas de administración y de instrucción. Este modo de control de la población es lo que Foucault llamaría una *“forma de gubernamentalidad”*. Asimilada a un gran individuo, *la “nación” se ve demarcada como un sujeto* (“Haití hizo tal cosa”; “República Dominicana no cumplió tal otra”, “México no tomó las medidas adecuadas”, etc...); y en esta condición de sujeto, la nación estaría llamada a apropiarse de una serie de modos de hacer y ser propias de un individuo libre; pero paradójicamente estos modos de hacer y ser acabarán por dirigirla y dominarla desde dentro.

Dado el vínculo que se establece con la “gubernamentalidad”, se percibe la importancia crítica de visualizar el desarrollo como dispositivo. Bajo este prisma, se comprende por qué bajo el desarrollo pueden convivir prácticas aparentemente contradictorias. Por ejemplo, los éticos del desarrollo pueden comprender su tarea como un “camino hacia la paz” (Cortina, 2007) a pesar de que dedican buena parte de sus textos a denunciar el eterno retorno del “maldesarrollo” y de que normalmente ignoran el hecho de que en nombre del desarrollo se sigue haciendo la guerra al mundo islámico o interviniendo territorios en África y América Latina. Este constante desgaste de energía puede incluso tenerse como un argumento a favor de considerar el desarrollo como dispositivo. Buscando “el desarrollo como libertad”, los éticos del desarrollo en realidad van tejiendo un rosario de quejas sobre las cosas que se deberían de hacer de otro modo, pero que se seguirán haciendo de todas maneras. ¡Ya habrá otro escenario discursivo para quejarse!

En resumen, al adoptar la noción de “dispositivo”, el posdesarrollo da cuenta de la complejidad de actividades diversas que se tejen en torno al desarrollo. “Desarrollo” no es solo un “estado ideal que toda sociedad actual debe de alcanzar”, sino un modo occidental de ver el mundo que se despliega a través de una infinidad de mediaciones. Ese modo occidental de ver el mundo también organiza la mirada sobre los sujetos, las instituciones, el cosmos... Por tanto, la propagación de ese modo de entender la realidad humana en el planeta no cae de las nubes de las ideas: es reproducida por aparatos institucionales (las agencias de desarrollo, las ONGs de desarrollo, las oficinas estatales de desarrollo, las empresas transnacionales....) y se ve enmarcada por el tipo

de saber occidental que normalmente llamamos “ciencia moderna”. Este saber tiende a descalificar otros saberes como “enemigos del desarrollo”. Es decir, el “desarrollo”, como alianza del saber con determinadas formas o grupos de poder, ha de cometer “epistemicidios” para poder imponer su modo de conocer e interpretar la realidad.

3. A manera de conclusión: aportes del pensamiento de Foucault a las discusiones de desarrollo

Al establecer las relaciones entre saber y poder, la presencia del pensamiento de Foucault en las discusiones de desarrollo han producido lo que podríamos llamar una “desontologización del desarrollo”. El desarrollo no se refiere a un estado objetivo de cosas en el mundo, sino a un modo de representar la realidad que reproduce una visión occidental del mundo. En un contexto como el dominicano, esto implica reproducir los mismos discursos legitimadores de la colonialidad del poder, es decir, de las representaciones sociales (eminentemente racistas y nacionalistas) que encuentran sus orígenes en la colonización.

No necesariamente deben adoptarse todas las conclusiones del posdesarrollo, es decir, las tesis centrales de aquellos intelectuales que se han ocupado del desarrollo desde el horizonte foucaultiano. Pero la reflexión permite plantear la conveniencia de adoptar el horizonte hermenéutico complejo que instaure la noción foucaultiana de dispositivo. Entender el desarrollo como dispositivo (sobre en fenómenos como la llamada “lucha contra la pobreza”) implica considerar una gran variedad de actividades. Por tanto, relacionarse con el desarrollo desde la propuesta de Foucault implica tomar toda esa gama variada de actividades y representaciones. De este modo, las diversas institucionalidades que instaure el desarrollo podrán evaluarse de manera más crítica en función de las subalternidades que promueven.

Referencias

- AGAMBEN, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo?. *Sociológica*, 26(73), 249-264.
- BRETÓN, V. (2013). Etnicidad, desarrollo y ‘Buen vivir’: reflexiones críticas en perspectiva histórica. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe / European Review of Latin American and Caribbean Studies*, n. 95, 71-95.
- CORBRIDGE, S. (1998a). ‘Beneath the pavement only soil’: The poverty of post-development. *The Journal of Development Studies*, 34 (6), 138-148.
- CORBRIDGE, S. (1998b). Development Ethics: Distance, Difference, Plausibility. *Ethics, Place and Environment*, 1(1), 35-53.

- CORBRIDGE, S. (2007). The (im)possibility of development studies. *Economy and Society*, 36(2), 179-211.
- CORTINA, A. (2006). Ética del desarrollo: un camino hacia la paz. *Sistema*, n. 192, 3-18.
- CROCKER, D. (1991). Toward development ethics. *World development*, 19(5), 457-483.
- CURRY, G. (2003). Moving beyond Postdevelopment: Facilitating Indigenous Alternatives for "Development". *Economic Geography*, 79(4), 405-423.
- DASGUPTA, S. (1986). *Towards a Post-development Era. Essays in Poverty, Welfare and Development*. Delhi: Mittal.
- ESCOBAR, A. (1992). Imagining a Post-Development Era? Critical Thought, Development and Social Movements. *Social Text*, nn.21 / 22, 20-56.
- ESCOBAR, A. (1995). *Encountering development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University.
- ESCOBAR, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y desconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.
- ESCOBAR, A. (1999a). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: CEREC / ICAN.
- ESCOBAR, A. (1999b). Antropología y desarrollo. *Maguaré*, 14, 42-73. Recuperado el 30 de mayo de 2014 de <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/viewFile/11135/1803>
- ESCOBAR, A. (1999c). *Cultura, ambiente y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología/Ministerio de Cultura.
- ESCOBAR, A. (2000a). Beyond the search for a paradigm? Post-development and beyond. *Development*, 43(4), 11-14.
- ESCOBAR, A. (2000b). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?. En E. Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, (p. 246 ss.). Buenos Aires: CLACSO. Argentina. Julio de 2000. p. 246. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/escobar.rtf>
- ESCOBAR, A. (2003a). Beyond the Third World: Imperial globality, global coloniality, and anti-globalization social movements. *Third World Quarterly* 25, n. 1

- ESCOBAR, A. (2003b). «Mundos y conocimientos de otro modo». El programa de investigación de modernidad/colonialidad Latinoamericano. *Tábula rasa*, n.1, 51-86.
- ESCOBAR, A. (2004a). Más allá del Tercer Mundo: globalidad imperial, colonialidad global y movimientos sociales anti-globalización. *Nómadas*, n. 20, 86-100.
- ESCOBAR, A.(2004 b). Development, Violence and the New Imperial Order. *Development*, 47(1), 15-21.
- ESCOBAR, A. (2005a). *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- ESCOBAR, A. (2005b). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social. En D. Mato (coord.). *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*,(pp. 17-31). Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
- ESCOBAR, A. (2007). ‘Post-development’ as concept and social practice. En Ziai, A. (ed.). *Exploring post-development.Theory and practice, problems and perspectives*, (pp. 18-31).London / New York: Routledge.
- ESTEVA, G. (1996). Desarrollo.En W. SACHS (ed.).*Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*.Lima: PRATEC.
- FILGUEIRA, F. (2009). *El desarrollo maniatado en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- FISHBACH, F. (2009). *Sans objet. Capitalisme, subjectivité, aliénation*. Paris: J. Vrin.
- FISHBACH, F. (2011). *La privation de monde. Temps, space et capital*. Paris: J. Vrin.
- GASPER, D. (2008). Denis Goulet and the project of development ethics: Choices in methodology, focus and organization.*Journal of Human Development*, 9(3), 453–474.
- GASPER, D. (2011).*Development Ethics – What? Why ? How?*.Paper for conference on “Rethinking Development: Ethics and Social Inclusion”.Mexico City, 17-18 August 2011. Recuperado de http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/SHS/pdf/Mexico_Gasper_Paper.pdf
- GASPER, D. (2012).Development ethics – Why? What? How? A formulation of the field.*Journal of Global Ethics*, 8(1), 117-135.
- GOULET, D. (1992).Tareas y métodos para una ética del desarrollo. En *Selecciones de teología*,31(122), 157-166.

- GOULET, D. (1997). Development ethics: A new discipline, en *International Journal of Social Economics* 24(11), 1160-1171.
- GOULET, D. (1999). *Ética del desarrollo. Guía teórica y práctica*. Madrid: IEPALA.
- GOULET, D. (2000). The Evolving Nature of Development in the Light of Globalization. En *The social dimension of globalisation*, (pp. 26-46). Ciudad del Vaticano: Academia Pontificia de Ciencias Sociales.
- GOULET, D. (2006). *Development Ethics at Work: Explorations- 1960-2002*. Routledge Studies in Development Economics.
- HIDALGO-CAPITÁN, A. (2012). El Buen Vivir ecuatoriano en el contexto de la Economía del Desarrollo. En Domínguez, R. & Tezanos, S. (eds.). *Actas del I Congreso Internacional de Estudios del Desarrollo.*, (pp. 2273-2295) Santander: Universidad de Cantabria. Recuperado el 10 de junio de 2014 de <http://ciberoamericana.com/pdf/CongresoReedes.pdf>
- LATOUCHE. S. (2007). *Sobrevivir al desarrollo. De la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*. Barcelona: Icaria / Más Madera.
- NEDERVEEN PIETERSE, J. (2000). After Post-Development. *Third World Quarterly*, 21(2) 175-191.
- NUSSBAUM, M. (2012). *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- QIZILBASH, M. (1996). Ethical development. *World development*, 24(7), 1209-1221.
- QIZILBASH, M. (2007). On Ethics and the Economics of Development. *The Journal of Philosophical Economics*, 1(1), 54-73.
- RAHNEMA, M. & BAWTREE, V. (eds.) (1997). *The post-development reader*. Londres: Zed Books.
- RIST, G. (1997), *The history of development. From Western Origins to Global Faith*, Londres, Zed Books. (trad. cast.: *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Universidad Complutense de Madrid- Catarata, 2002).
- RIST, G. (2007). Development as a buzzword. *Development in Practice*, 17(4-5), 485-491.
- SAÏD, E. (2002). La guerra y el choque de las ignorancias. *Controversia*, 6(18), 221-224.
- SHIVA, V. (2006). *Manifiesto para una democracia de la tierra. Justicia, sostenibilidad y paz*. Barcelona: Paidós.

- SPIVAK, G. C. (1988). Can the subaltern speak?. En Nelson, C. & Grossman, L.(eds.). *Marxism and the Interpretation of Culture*, (pp. 271-313). Urbana: University of Illinois Press
- TRIGO, P. (2013). *Relaciones humanizadoras. Un imaginario alternativo*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- WIARDA, H. (1988). Toward a non-ethnocentric theory of development: alternatives conception from the Thirld World. En Wilber, C. K. (Ed.), *The Political Economy of Development and Underdevelopment*. 4th edition, (pp. 59-82). Nueva York: Random House. (Originalmente publicado en *The Journal of Development Areas*,(1983) 17(4), 433-452).
- ZIAI, A. (2007). Development discourse and its critics. An introduction to post-development. En Ziai, A. (ed.). *Exploring post-development. Theory and practice, problems and perspectives*, (pp. 1-17). London / New York: Routledge.